

fe hacía un objeto ignorado, llevar chascos, improvisarse á sí mismo elegías y ditirambos, derribar á buenas mujeres y sus cestos de patatas, correr, descansar, permanecer ante una ventana, hacer mil hipótesis... lo cual equivale á la caza, la caza en París con todos sus accidentes, aunque sin escopetas ni perros. Sólo las escenas de la vida de los jugadores son comparables á estas escenas. Además, es preciso sentir el corazón henchido de amor ó de venganza para emboscarse en París como un tigre que quiere saltar sobre su presa, para gozar entonces de todos los accidentes de la villa ó del barrio, comunicándoles un interés más á los muchos que ya encierra. ¿No es preciso para esto tener un alma múltiple? ¿no es esto vivir de mil pasiones y de mil sentimientos?

Augusto de Moulincourt se sumió con amor en esta ardiente vida, porque comprendió todas sus amarguras y todos sus placeres. Iba disfrazado por París, vigilaba todos los rincones de la calle de Pagevín y de la de los Viejos Agustinos, corría como un cazador de la calle de Menars á la calle de Soly, y de la calle de Soly á la calle de Menars, sin conocer la venganza ni el precio con que serían recompensados ó castigados tantos cuidados, marchas y astucias. Y sin embargo, aun no había llegado á sentir esa impaciencia que remueve las entrañas y hace sudar, pues callejeaba con esperanza, pensando que Clemencia no se aventuraría durante los primeros días á volver al mismo sitio en que había sido comprendida. Augusto había consagrado estos primeros días á iniciarse en todos los secretos de la calle. Novicio en este oficio, no se atrevía á interrogar al portero ni al zapatero de la casa á donde concurría Clemencia; pero esperaba poder procurarse un observatorio en la casa situada enfrente de la habitación misteriosa. Estudiaba el terreno procurando conciliar la imprudencia y la impaciencia, su amor y el secreto.

Durante los primeros días del mes de marzo, en medio de los planes que meditaba para dar un gran golpe, volvía á eso de las cuatro de la tarde á su palacio llevado por un asunto relacionado con el servicio, cuando fué sorprendido en la calle Coquillere por uno de esos hermosos chubascos que aumentan de pronto los arroyos y cada una de cuyas gotas forman verdaderas burbujas al caer sobre los aguazales de la vía pública. Los transeuntes de París se ven

entonces obligados á detenerse y á refugiarse en una tienda ó en un café si son bastante ricos para pagar su hospitalidad forzada, ó según la urgencia, bajo una puerta cochera, asilo de gentes pobres. ¿Cómo será que ninguno de nuestros pintores no ha intentado aun reproducir el cuadro que forman los grupos de parisienses cobijados en tiempo lluvioso en el portal húmedo de una casa? ¿Donde encontrar un cuadro más hermoso? ¿no se vé en él primero al caminante soñador ó filósofo que observa con placer, ya las rayas que forma la lluvia en el fondo grisáceo de la atmósfera, ya los torbellinos de agua blanca que el viento azota contra los tejados, ya los caprichosos desahogos de las cañerías, ya, en fin, otras mil admirables insignificancias estudiadas con delicia por los callejeros, á pesar de los escobazos con que les regala á veces el portero. Después hay el caminante charlatán que se queja y conversa con la portera cuando ésta se apoya en su escoba como un granadero sobre su fusil; el caminante indigente fantásticamente pegado al muro sin preocuparse de sus andrajos, acostumbrados al contacto de las calles; el caminante sabio que estudia, deletrea ó lee los anuncios sin acabarlos; el caminante risueño que se burla de las gentes que sufren alguna desgracia en la calle, que se ríe de las mujeres llenas de fango y que hace muecas á los que están en las ventanas; el caminante silencioso que mira á todas las ventanas y á todos los pisos; el caminante industrial provisto de un saco ó de un paquete que traduce la lluvia en ganancias y pérdidas; el caminante amable que llega como un obús diciendo: «¡Oh! ¡qué tiempo, señores!» y que saluda á todo el mundo, y finalmente, el verdadero burgués de París, hombre con paraguas, experto en conocer el mal tiempo que ha previsto, que ha salido á pesar de los consejos de su mujer y que se ha sentado en la silla del portero. Según su carácter, cada miembro de esta sociedad fortuita contempla el cielo y se va saltando para no llenarse de barro ó porque tiene prisa, ó porque vé que otros ciudadanos marchan contra viento y marea, ó porque siendo el patio de la casa húmedo ó catarralmente mortal, opina que es peor permanecer en él. Cada uno tiene sus motivos, y sólo queda allí el caminante prudente, hombre que para ponerse en marcha aguarda á ver algunos espacios azules entre las negras nubes.

El señor de Moulincourt se refugió, pues, con toda una

familia de transeuntes en el portal de una casa vieja, cuyo patio parecía un gran tubo de chimenea. Había á lo largo de aquellas paredes húmedas y verdosas tantos conductos y cañerías, y tantos pisos en los cuatro cuerpos del edificio, que hubieseis creído que eran las cascadillas de Saint Cloud. El agua brotaba de todas partes, hervía, saltaba, murmuraba; era negra, blanca, azul, verde y gemía bajo la escoba de la portera, anciana desdentada hecha á las tormentas, que parecía bendecirlas y que arrojaba á la calle mil despojos cuyo curioso inventario revelaba la vida y costumbres de cada inquilino de la casa. Había allí retales de india, hojas de té, pétalos de flores artificiales, restos de legumbres, papeles y fragmentos de metal. A cada escobazo la anciana portera ponía al descubierto el fondo del arroyo. El pobre amante examinaba este cuadro, que es uno de los mil que ofrece á diario el movimiento de París; pero lo examinaba maquinalmente, como hombre sumido en sus pensamientos, cuando al levantar la vista se encontró enfrente de un hombre que acababa de entrar. En apariencia al menos, era éste un mendigo, pero no el mendigo de París, creación sin nombre en los lenguajes humanos; no, aquel hombre formaba un tipo nuevo que no encajaba en ninguna de las ideas que despierta la palabra mendigo. El desconocido no se distinguía por ese carácter originalmente parisiense que nos sorprende bastante frecuentemente en los desgraciados que Charlet ha representado á veces con raro espíritu de observación. Está formado este carácter por sucias caras, voz ronca, nariz rubicunda y bulbosa, bocas desdentadas aunque amenazadoras, figuras, en fin, humildes y terribles, cuya profunda inteligencia denotada por sus ojos parece ser un contrasentido. Algunos de estos descarados vagabundos tienen la tez agrietada y venosa, la frente cubierta de arrugas y los cabellos ralos y sucios como los de una peluca abandonada en el rincón de una calle. Alegres todos en medio de su degradación y degradados en sus goces; marcados todos con el sello de la crápula, emplean el silencio como un reproche y su actitud revela espantosos pensamientos. Colocados entre el crimen y la limosna, no tienen remordimientos y dan vueltas prudentemente en torno del patíbulo sin caer en él, inocentes en medio del vicio y viciosos en medio de su inocencia. Hacen á veces sonreír, pero siempre hacen pensar. El uno os representa

la civilización interrumpida. Lo comprende todo: el honor del presidio, la patria, la virtud. El otro es resignado y está provisto de fisonomía profunda, pero estúpida. Todos tienen veleidades de orden y trabajo, pero son sumidos de nuevo en su fango por una sociedad que no quiere preocuparse de los poetas, los grandes hombres, las gentes intrépidas y las organizaciones magníficas que pueda haber entre los mendigos, esos bohemios de París, pueblo soberanamente bueno y soberanamente malvado, como todas las masas que han sufrido; pueblo acostumbrado á soportar inauditos males y mantenido siempre á la altura del barro por un fatal poder. Todos tienen un sueño, una esperanza, una dicha: el juego, la lotería, el vino. En el personaje apoyado indiferentemente en la pared ante el señor de Moulincourt, no había ninguno de los caracteres de esta vida extraña. Aquel hombre alto y seco, cuya cara de color de plomo denotaba un pensamiento profundo y glacial ahuyentaba la piedad del corazón de los curiosos, á causa de una actitud llena de ironía y de una negra mirada que anunciaba su pretensión de tratar de igual á igual á todos. Su cara era, como hemos dicho, de un color plumizo, y su arrugado cráneo, desprovisto de cabellos tenía cierta semejanza con un pedazo de granito. Algunos mechones grises y lácios que brotaban de ambos lados de su cabeza caían sobre el cuello de su levita grasienta y abrochada hasta el cuello. Se parecía á la vez á Voltaire y á Don Quijote; era burlón y melancólico, altanero, pensativo, pero parecía medio loco. Tenía trazas de no llevar camisa. Su barba era larga. Su mala corbata negra deshilachada, dejaba ver un cuello protuberante surcado por gruesas venas que parecían cuerdas. Sus ojos estaban circundados por una cinta de un color azulado oscuro. Parecía tener por lo menos sesenta años. Sus manos eran blancas y limpias. Su pantalón azul remendado por algunos sitios, estaba blanqueado por una especie de pelusilla que contribuía á que pareciese más viejo. Fuese porque sus vestidos mojados exhalasen un olor fétido, ya porque tuviese en su estado normal ese hedor de miseria que tienen los tugurios parisienses, como las oficinas, las sacristías y los hospicios tienen el suyo, olor fétido y rancio de que es imposible dar idea, es lo cierto que los vecinos de aquel hombre abandonaron sus sitios y lo dejaron solo. Él fijó en ellos primero y después en el oficial su

mirada tranquila y sin expresión, la célebre mirada del señor de Talleyrand, mirada empañada y fría, especie de velo impenetrable con que un alma fuerte oculta profundas emociones y exactos cálculos acerca de los hombres, de las cosas y de los acontecimientos. Ninguna arruga de su cara sufrió la menor alteración. Su boca y su frente permanecieron impassibles; pero sus ojos se bajaron con lentitud noble y casi trágica. En fin; en el movimiento de sus marchitos párpados hubo todo un drama.

El aspecto de aquella figura estoica hizo nacer en el señor de Moulincourt una de esas vagabundas reflexiones que comienzan con una interrogación y acaban por comprender todo un mundo de pensamientos. La lluvia había cesado. El señor de Moulincourt no vió ya de aquel hombre más que el faldón de su levita que guardaba el guarda cantón; pero al dejar su sitio para marcharse, vió á sus pies una carta que acababa de caer y comprendió que pertenecía al desconocido, porque le había visto meterse en el bolsillo el pañuelo de que acababa de servirse. El oficial, que tomó la carta para devolverla, leyó involuntariamente la siguiente dirección:

*Al señor Ferragus,*

Calle de los Grandes Agustinos, esquina á la calle de Soly.

PARÍS.

La carta no llevaba ningún sello y la dirección impidió al señor de Moulincourt el restituirla, pues hay pocas pasiones que á la larga no incurran en improbidad. El barón tuvo un presentimiento de la oportunidad de aquel hallazgo, y conservando la carta quiso procurarse el derecho de entrar en la casa misteriosa para entregársela á aquel hombre, sin sospechar siquiera que pudiese vivir en la misteriosa casa. Algunas sospechas vagas como los primeros resplandores del día le hacían establecer algunas relaciones entre aquel hombre y la señora Desmarests. Los amantes celosos lo suponen todo, y suponiéndolo todo y escogiendo las conjeturas más probables, es como adivinan la verdad que les interesa los jueces, los espías, los amantes y los observadores.

—¿Será suya la carta? ¿Será de la señora Desmarests?

Su imaginación inquieta le sugirió mil preguntas; pero á las primeras palabras sonrió. Hé aquí textualmente con sus sencillas frases y con su innoble ortografía, aquella carta á la que no era posible añadir ni quitar nada; pero la que ha sido preciso puntuar, pues no existen en el original comas, ni puntos, ni exclamaciones, hecho que tendería á destruir el sistema de los puntos suspensivos con que los autores modernos han intentado describir los grandes desastres de todas las pasiones.

«¡Enrique! entre el número de los grandes sacrificios que yo me abía impuesto respecto á usted, figuraba el de no darle noticias mías; pero una voz hirresistible me hordena que me dé á conocer los crímenes que a cometido conmigo. Ya se de antemano que su alma, acostumbrada al bicio, no se dinará compadecerme. Su corazón se muestra sordo ha la sensibilidad. ¿No lo es también á los crímenes de la naturaleza? pero no importa: yo devo acerle saver hasta que punto se ha echo culpable y el orror de la posición en que me a colocado. Enrique, usted sabe todo lo que yo sufrí con mi primera falta y usted á podido sumirme en la suma desgracia y habandonarine á mi desesperación y á mi dolor. Sí, lo confieso, la crehencia que tenía de ser llamada, estimada por usted, me había dado balor para soportar mi suerte; pero ¿qué me queda hoy? ¿No me á echo usted perder todo lo más querido que tenía, todo lo que me unía a la vida? parientes, amigos, honor, reputación, se lo he sacrificado todo, y no me queda más que el oprovio, la berguenza y, lo digo sin ruborizarme, la miseria. Solo faltaba á mi desgracia la seguridad de su desprecio y de su hodio; haora que lo tengo, tendré tambien el balor que esije mi proyecto. Mi decisión está tomada, y el honor de mi familia lo esije. voi, pues, á poner termino á mis sufrimientos. Enrique, no haga usted ninguna reflision á cerca de mi proyecto. Ya sé que es espantoso, pero mi hestado me hoblga á ello. Sin ausilio, sin sostén, sin un amigo para consolarme; ¿puedo vibir? No. La suerte lo á decidido. Asi, dendo de dos días, Enrique, dentro de dos días, Ida no será ya digna de su estimación; pero reciba el juramento que le hago de que tengo mi conciencia tranquila, puesto que no é cesado de ser digna de su amistad. ¡O Enrique! amigo mío, porque yo no cambiaré nunca para usted, prome-

tame que me perdonará la carrera que voi á abrazar. Mi amor me a dado balor y me sostendrá en la birtud. Por otra parte, mi corazon ocupado por tu himagen será para mi un preserbatibo contra la seducción. No olvide usted nunca que mi suerte es hobra suia y juzguese. ¡Hojala que el cielo no le castigue por sus crímenes! Arrodillada le pido su perdon, pues lo siento, solo faltarían á mis males el dolor de saber que es usted desgraciado. A pesar de la desnudez en que me encuentro, rechazaré de usted toda especie de socorro. Si me hubiese usted amado, yo hubiera podido recibirlo como hijo de su amistad; pero mi alma rechaza un beneficio nacido de la piedad, y sería yo más cobarde recibéndolo, que el que me lo propusiese. Tengo que pedirle un favor. No sé el tiempo que permaneceré en casa de la señora Meinardie y le ruego que sea bastante generoso para hebitarme su presencia. Sus dos últimas visitas me han hecho un daño que aun me dura y me duraría mucho tiempo; no quiero entrar en detalles acerca de su conducta respeto á este punto. Me hodia usted y esta palabra está grabada en mi corazon y lo á helado de espanto ¡Hay de mí! en el momento en que necesito todo mi balor es cuando me abandonan todas mis facultades. Enrique, amigo mio, antes de que haya puesto una barrera entre nosotros, dame una última prueba de tu estimación: escuchame, respondeme, dime que me quieres aun, aunque no me ames ya. Apesar de que mis ojos sean dignos de encontrarse con los suyos, yo no solicito entrebista; lo temo todo de mi debilidad y de mi hamor. Pero, por favor, escribeme enseguida cuatro letras, que daran el balor que necesito para soportar mis necesidades. Adiós, autor de todos mis males, pero único amigo que mi corazón escogió y que no olvidará nunca

IDA. »

La vida de esta joven, cuyo amor engañado, cuyos funestos goces, dolores, miseria y espantosa resignación, estaban resumidos en tan pocas palabras; este poema desconocido, pero esencialmente parisiense, escrito con aquella mala letra, impresionó al señor de Moulincourt, el cual acabó por preguntarse si esta Ida no sería alguna parienta de la señora Desmarets, y si la cita de la noche que él había presenciado, no habría sido algún acto caritativo. ¿Que el

pobre viejo de la carta hubiese seducido á Ida?... Tal seducción habría sido prodigiosa sumiéndose en el laberinto de sus reflexiones, que crecían y se destruían una á una, el barón llegó cerca de la calle de Pagevin, y vió un coche detenido en la esquina de la calle de los Viejos Agustinos, que da á la calle de Montmatre. Todos los coches detenidos le decían algo á Augusto. ¿Estaría ella allí? pensó, al mismo tiempo que su corazón latía calurosamente. Al llegar á la casa, empujó la puertecita, si bien bajando la cabeza y obediendo á una especie de verguenza, pues era una voz secreta que le decía:

—¿Por qué te metes á descubrir este misterio?

Subió algunos peldaños y se halló de frente á la portera.

—¿El señor Ferragus?

—No le conozco.

—¿Cómo! ¿no vive aquí el señor Ferragus?

—No tenemos esas cosas en la casa.

—Pero, buena mujer...

—Caballero, yo no soy buena mujer, soy la portera.

—Pero, señora..., repuso el barón, es que tengo de entregar una carta al señor Ferragus.

—¡Ah! si el señor tiene una carta, la cosa es diferente, dijo cambiando de tono. ¿Quiére usted dejarme ver la carta?

Augusto enseñó la carta doblada. La vieja meneó la cabeza con aire de duda, titubeó, pareció querer dejar la portera para ir á instruir á Ferragus de este incidente imprevisto, y por fin dijo:

—Bueno, suba usted caballero, ya debe usted saber donde es.

Sin responder á esta frase, con la que aquella astuta vieja podía tenderle un lazo, el oficial subió á toda prisa las escaleras, y llamó á la puerta del segundo piso. Su instinto de amante le decía:

—Ella está aquí.

El desconocido del portal, el Ferragus ó autor de los males de Ida, abrió la puerta en persona presentándose vestido con una bata de casa, un pantalón de muletón blanco, unas bonitas zapatillas y la cabeza aseada. La señora Desmarets, cuya cabeza asomó por la puerta de la segunda pieza, palideció y cayó sobre una silla.

—¿Qué tiene usted, señora? exclamó el oficial precipitándose hacia ella.

Pero Ferragus tendió el brazo y rechazó vivamente al oficioso dándole un empujón tan seco, que Augusto creyó haber recibido un golpe en el pecho con una barra de hierro.

—¡Atrás, caballero! ¿qué nos quiere usted? Hace ya cinco ó seis días que ronda usted por el barrio. ¿Será usted algún espía?

—¿Es usted el señor Ferragus? dijo el barón.

—No, señor.

—Sin embargo, repuso Augusto, tengo que entregarle este papel que perdió usted en el portal de la casa donde nos cobijamos los dos cuando la lluvia.

Mientras hablaba y entregaba la carta á aquel hombre, el barón no pudo menos de dirigir una mirada á la pieza donde le recibió Ferragus y la encontró bien decorada, aunque con sencillez. Había fuego en la chimenea, y al lado de ésta, una mesa servida más suntuosamente de lo que permitía suponer la aparente situación de aquel hombre y la modicidad del alquiler que pagaba. Por fin, sobre una otomana de la segunda pieza que le fué imposible ver, vió un montón de oro y oyó un ruido que no podía ser producido más que por el llanto de una mujer.

—Este papel me pertenece y le doy á usted las gracias, dijo el desconocido volviéndose de un modo que hiciese comprender al barón que deseaba despedirle enseguida.

Demasiado curioso para hacer caso del examen profundo de que era objeto, Augusto no vió las miradas medio mágicas con que el desconocido parecía querer devorarle; pero si se hubiese encontrado con aquellos ojos de basilisco, hubiera comprendido el peligro de su posición. Demasiado apasionado para pensar en sí mismo, Augusto saludó, bajó y se volvió á su casa procurando adivinar la causa de la reunión de aquellas tres personas, Ida, Ferragus y la señora Desmarests, ocupación que moralmente equivalía á buscar el arreglo de los pedazos de madera de un rompecabezas chino sin tener la clave del juego. Pero Clemencia le había visto, Clemencia iba allí, Clemencia le había mentado. Moulincourt se propuso ir á hacer una visita á esta mujer al día siguiente imaginándose que no podía negarle la entrevista porque se había hecho su cómplice terciando también en aquella tenebrosa intriga. Augusto pensaba ya en exigir imperiosamente á la señora Desmarests, que le revelase todos sus pensamientos.

En aquella época, París tenía la fiebre de las construcciones. Si París es un monstruo, es seguramente el más maniático de los monstruos, se enamora de mil caprichos: ya construye como un gran señor amante de la rueca, ya deja la rueca y se hace militar, ya se viste de guardia nacional de pies á cabeza, hace la instrucción y fuma; ya abandona los hábitos militares y arroja su cigarro, ya se desola, hace quiebra, vende sus muebles en la plaza del Chatelet para arreglar unos días después sus negocios y entregarse á la fiesta y al baile. Un día come azúcar á manos llenas; ayer compraba papel Weinen, hoy el monstruo tiene dolor de muelas y se aplica un alexi-ármaco á todas las paredes. Mañana hará sus provisiones de pasta electoral. Tiene sus manías por meses, por años, como las tiene por días. En este momento, pues, todo el mundo construía ó derribaba algo sin saber por qué aun, y había pocas calles donde no hubiese alguna casa con su correspondiente andamiaje formado por tablones puestos sobre travesaños en cada piso, construcción frágil sujeta con cuerdas y rara vez libre de los ataques de un coche. Hay algo de marítimo en esos palos, en esas escalas, en esas cuerdas y en los gritos de los albañiles. Ahora bien, á doce pasos del palacio Moulincourt, se levantaba uno de esos efimeros andamiajes ante una casa que se construía con piedra de talla. Al día siguiente en el momento en que el barón de Moulincourt pasaba en coche por delante de aquel andamiaje para ir á casa de la señora Desmarests, una piedra de dos pies cuadrados que llegaba á la cima del edificio, se soltó de la cuerda y cayó sobre el criado dejándole aplastado detrás del coche. Un grito de espanto hizo temblar el andamiaje y á los albañiles, uno de los cuales, en peligro de muerte, se mantenía con pena en el andamiaje y parecía haber sido tocado por la piedra. La multitud no tardó en acudir. Los albañiles bajaron gritando, jurando y diciendo que el coche del señor Moulincourt había hecho oscilar su grua. Dos pulgadas más, y el oficial hubiera sido aplastado también. El criado había muerto y el coche había sido roto, y esto fué para el barrio un acontecimiento del que se ocuparon los periódicos. El señor Moulincourt, seguro de que no había tocado ninguna cuerda, se quejó á la justicia, la cual intervino. Abierta la información, quedó probado que un muchachito provisto de una lata, llamaba la atención de los

transcuentes rogándoles que se alejasen. La cuestión no pasó de aquí. El señor de Moulincourt, aterrorizado con el triste fin de su criado, permaneció algunos días en la cama, pues al romperse la trasera del coche, le había hecho algunas contusiones, y la sacudida nerviosa causada por la sorpresa le había levantado fiebre. No fué, pues, á casa de la señora Desmarets. Diez días después de este acontecimiento, al salir por primera vez, se iba al bosque de Bolonia en su coche restaurado, cuando al bajar la calle de Borgoña, enfrente de la Cámara de los Diputados, el eje se rompió de pronto por el centro, y el barón iba con tanta rapidez, que esta rotura dió por resultado el que las dos ruedas tendiesen á unirse bastante violentamente para aplastarle la cabeza; pero se vió libre de este compromiso por la resistencia que opuso la capota. No obstante, recibió una herida grave en el costado. Por segunda vez en diez días, fué llevado casi muerto á casa de su desolada abuela. Este segundo accidente le hizo desconfiar, y aunque vagamente, pensó en Ferragus y en la señora Desmarets. Para esclarecer sus sospechas, guardó el eje roto y mandó á llamar á su constructor de coches. Este se presentó, examinó el eje y la rotura y le probó dos cosas al señor de Moulincourt. En primer lugar, que el eje no había salido de sus talleres, pues no hacía ninguno sin grabar en él groseramente las iniciales de su nombre, y no podía explicarse por qué medios había sido substituido por el otro; y en segundo lugar, que la rotura de aquel eje sospechoso, había sido preparada de antemano con gran habilidad.

—Señor barón, es preciso ser muy maligno para haber arreglado de este modo el eje.

El señor de Moulincourt rogó á su constructor que no dijese nada de aquella aventura y se consideró suficientemente advertido. Estas dos tentativas de asesinato estaban urdidas con una astucia que denotaba la enemistad de gentes superiores.

—Se trata de una guerra á muerte, de una guerra salvaje, de sorpresa, de emboscada y de traición, declarada en nombre de la señora Desmarets. ¿A qué hombre podía pertenecer? ¿De qué poder disponía ese Ferragus? se dijo el barón agitándose en la cama.

En fin, el señor de Moulincourt, aunque militar valiente, no pudo menos de temblar. En medio de todos los pensa-

mientos que le asaltaron, hubo uno contra el cual se consideró sin defensa y sin valor. ¿No sería empleado en breve el veneno por sus secretos enemigos? Inmediatamente, dominado por temores aumentados por su debilidad momentánea originada por la dieta y la fiebre, llamó á una anciana que hacía mucho tiempo estaba al servicio de su abuela, mujer que le tenía un cariño maternal, y sin espontanearse por completo con ella, le encargó que comprase en secreto todos los días, en lugares diferentes, los alimentos que necesitaba, recomendándole que los guardase bajo llave y que se los sirviese ella misma sin permitir nunca que nadie se aproximase á ellos. En fin, que Augusto tomó las precauciones más minuciosas para librarse de este género de muerte. Se encontraba en la cama solo y enfermo, y por lo tanto podía pensar á su gusto en su propia defensa. Pero el desgraciado enfermo veía envenenada su vida con el temor, y á pesar suyo, la sospecha cubrió todas sus horas con sus sombríos matices. Sin embargo, aquellas dos lecciones de asesinato le enseñaron una de las virtudes más necesarias á los hombres políticos y comprendió el gran disimulo que es preciso emplear en el juego de los grandes intereses de la vida. Callar su secreto no es nada, pero callar el ageno y saber olvidar un hecho durante treinta años si es preciso para asegurar una venganza meditada durante treinta años, es un hermsso estudio en un país donde hay pocos hombres que sepan disimular por espacio de treinta días. El señor de Monlincourt no vivía ya más que para la señora Desmarets y estaba perpétuamente ocupado en examinar seriamente los medios que podía emplear en aquella lucha desconocida para triunfar de sus desconocidos adversarios. Con todos estos obstáculos, su pasión anónima por aquella mujer iba creciendo. Clemencia, que ocupaba siempre sus pensamientos y su corazón, resultaba más atractiva entonces con sus presuntos vicios que con las virtudes seguras que la habían constituido en su ídolo.

El enfermo, queriendo reconocer las posiciones del enemigo, creyó poder iniciar sin peligro al anciano vidamo en los secretos de su situación. El viejo quería á Augusto como un padre quiere á los hijos de su mujer, era astuto y hábil diplomático, y después de escuchar al barón mené la cabeza. El buen vidamo no participó de la confianza de su joven amigo cuando Augusto le dijo que en los tiempos que

29687

corrían, la policía y el poder estaban en condiciones de conocer todos los misterios, y que si era preciso recurrir á aquél, no le faltarían poderosos auxiliares.

El anciano le respondió gravemente:

—Hijo mío, la policía es lo más inhábil que hay en el mundo y el poder es lo más débil para las cuestiones individuales. Ni la policía ni el poder saben leer en el fondo de los corazones. Lo que se debe pedir razonablemente, es que busquen las causas de un hecho. Ahora bien, el poder y la policía son eminentemente propias para este oficio y carecen esencialmente de ese interés personal que se lo revela todo al que necesita saberlo todo. Ningún poder humano puede impedir que un asesino ó un envenenador lleguen al corazón de un príncipe ó hasta el estómago de un hombre honrado.

El anciano aconsejó con insistencia al barón que se fuese á Italia, de Italia á Grecia, de Grecia á Siria y de Siria á Asia, y que no volviere hasta después de haber convencido de su arrepentimiento á sus enemigos secretos y de haber firmado así con ellos la paz de una manera tácita; de no hacerlo así, le aconsejaba que permaneciese en su cuarto sin salir de él hasta tener la seguridad de que podría aplastar á Ferragus.

—No hay que tocar al enemigo, á no ser para aplastarle la cabeza, le dijo el comendador.

No obstante, el anciano prometió á su favorito emplear toda la astucia con que el cielo le había dotado para reconocer el campo enemigo y preparar la victoria sin comprometer á nadie. El comendador tenía un viejo Figaro retirado, el mono más maligno que jamás se haya visto en figura humana, ocuriente como un diablillo, sufrido como un forzado, alerta como un ladrón, astuto como una mujer, pero caído en la decadencia por falta de ocasiones, después de la nueva constitución de la sociedad parisiense, que ha reformado á los ayudas de cámara. Este anciano criado era adicto á su amo como á un ser superior, pues el astuto vidamo añadía alguna suma importante al salario de su antiguo preboste, atención esta que corroboraba la amistad natural mediante los lazos del interés y le valía al anciano cuidados que la querida más amante no habría inventado seguramente para su amigo enfermo. De esta perla de los antiguos ayudas de cámara, de este despojo del siglo pasado,

ministro incorruptible por falta de pasiones que satisfacer, fué de quien se fiaron el comendador y el señor de Moulin-court.

—El señor barón lo echaría á perder todo, dijo aquel gran hombre de librea llamado á consejo. Que el señor coma, beba y duerma tranquilamente y déjelo todo de mi cuenta.

En efecto, ocho días después de la conferencia, en el momento en que el señor de Moulin-court, perfectamente repuesto de su indisposición, almorzaba con su abuela y con el vidamo, Justino entró para hacer el relato de sus indagaciones. Cuando la viuda hubo entrado en sus habitaciones, el criado con esa falsa modestia que afectan las mujeres de talento, dijo:

—Ferragus no es el nombre del enemigo que persigue al señor barón. Ese hombre, ese diablo, se llama Gratien Enrique Victor Juan José Bourignard. El señor Gratien Bourignard es un antiguo empresario de construcción muy rico antaño y sobre todo uno de los mozos más guapos de París, un Lovelace capaz de seducir á Grandisson. Aquí terminan todos mis informes. Ha sido simple obrero, y los compañeros de la orden de los Devorantes, lo nombraron jefe bajo el nombre de Ferragus XXIII. Si la policía estuviese instituida para saber algo, la policía debería saber esto. Este hombre se ha mudado, no vive ya en la calle de los Viejos Agustinos, y se cobija ahora en la calle de Joquelet, á donde la señora Desmarets va á verle frecuentemente; muchas veces su marido la acompaña á la calle de Vivienne, ó ella acompaña á su marido á la Bolsa. El señor vidamo conoce demasiado bien estas cosas para que yo le diga si es el marido el que acompaña á la mujer, ó si es la mujer la que acompaña al marido; pero la señora Desmarets es tan bonita, que yo apostaría por ella. Todo esto es lo último que se ha sabido. El señor Bourignard juega frecuentemente en el número 119. Es un truhán á quien le gustan las mujeres y que hace vida de hombre de condición. Por lo demás, gana frecuentemente, se disfraza como un actor y hace la vida más original del mundo. Sospecho que debe tener varios domicilios, porque la mayor parte del tiempo se libra de lo que el señor comendador llama las investigaciones parlamentarias. Sin embargo, si el señor lo desea, se puede deshacer de él honrosamente dadas sus costumbres. Siem-

pre es fácil desembarazarse de un hombre aficionado á las mujeres. Sin embargo, ese capitalista habla de mudarse otra vez. Y nada más. ¿Tienen ahora algo que mandarme el señor barón y el señor vidamo?

—Justino, estoy contento de tí, y no sigas adelante sin orden mía; pero vigílalo aquí todo, de modo que el señor barón no tenga nada que temer. Hijo mío, repuso el vidamo dirigiéndose á Augusto, reanuda tu vida y olvida á esa mujer.

—No, no; dijo Augusto, no le cederé la plaza á ese Gratien Bourignard, y quiero tenerlo á mi disposición, lo mismo á él que á Clemencia.

Por la noche, el barón Augusto de Moulincourt, recientemente ascendido, fué al baile al Eliseo Borbón, á casa de la señora duquesa de Berry. Allí ciertamente que no podía haber ningún peligro para él. Sin embargo, el señor barón de Moulincourt salió de allí con un asunto de honor pendiente, una cuestión que era imposible arreglar. Su adversario, el marqués de Rouquerolles, tenía grandes razones para quejarse de Augusto, y esto había dado lugar al lance á causa de sus antiguas relaciones con la hermana del marqués de Rouquerolles, la condesa de Serizy. Esta dama, que no gustaba de la sensiblería alemana, no dejaba por eso de ser exigente en los menores detalles, y por una de esas fatalidades inexplicables, Augusto le gastó una inocente broma que la señora de Serizy tomó muy á mal, y por la que su hermano se dió por ofendido. La explicación tuvo lugar en un rincón en voz baja. Como hombres bien educados, los dos adversarios no hicieron ruido. Al día siguiente la sociedad del arrabal Saint Honoré y del arrabal Saint Germain hablaron de esta aventura. La señora de Serizy fué calurosamente defendida y se dió toda la culpa á Moulincourt. Augustas personas intervinieron en el asunto y se impusieron á los señores de Moulincourt y de Rouquerolles padrinos de gran distinción, los cuales tomaron grandes precauciones para que no muriesen en el duelo ninguno de los dos combatientes. Cuando Augusto se encontró ante su adversario, hombre á quien nadie negaba sentimientos honorables, no pudo ver en él el instrumento de Ferragus, jefe de los Devorantes; pero tuvo el secreto deseo de obedecer á inexplicables presentimientos interrogando al marqués.

—Señores, les dijo á los testigos, yo no me niego cierta-

mente á batirme con el señor de Rouquerolles; pero antes declaro que hice mal, le doy cuantas excusas pueda exigir de mí, hasta públicamente si lo desea, porque cuando se trata de una mujer, nada puede deshonrar á un hombre galante. Apelo, pues, á su razón y á su generosidad. ¿No hay algo de necesidad en batirse cuando no hay motivo para ello?

El señor de Rouquerolles no admitió esta manera de terminar el asunto, y entonces el barón, que se había vuelto desconfiado, se aproximó á su adversario y le dijo:

—Bueno, señor marqués, deme usted delante de estos señores su palabra de caballero de que no le anima á usted en este duelo más razón de venganza que la que se conoce públicamente.

—Caballero, esa pregunta no se hace.

Y esto diciendo, el marqués de Rouquerolles fué á ocupar su puesto. Estaba convenido de antemano que los dos adversarios no cambiarían más que un solo tiro. El señor de Rouquerolles, á pesar de la distancia determinada que parecía que había de hacer muy problemática, por no decir imposible, la muerte de Moulincourt, hizo caer al barón. La bala le atravesó el costado, á dos dedos debajo del corazón; pero afortunadamente sin grandes lesiones.

—Caballero, apunta usted demasiado bien para haber querido vengar pasiones muertas, dijo el oficial.

El señor de Rouquerolles creyó á Augusto muerto, y no pudo retener una sonrisa sardónica al oír estas palabras.

—Caballero, la hermana de Julio César no debe ser sospechosa.

—¡Siempre la señora Julio! respondió Augusto desmayándose sin poder acabar una mordaz broma que expiró en sus labios.

Aunque perdió mucha sangre, su herida no era peligrosa. Después de unos quince días, durante los cuales la viuda y el vidamo le procuraron esos cuidados de anciano, cuyo secreto sólo lo procura una larga experiencia de la vida, una mañana su abuela le hizo grandes reproches revelándole las inquietudes que le esperaban durante sus últimos años, pues había recibido una carta firmada con una F, en la que se le contaba punto por punto el espionaje á que se había entregado su nieto. En dicha carta atribuían á Moulincourt acciones indignas de un hombre honrado. Al parecer, había



colocado una vieja en la calle de Ménars, junto al puesto de coches, ocupada aparentemente en vender á los cocheros agua, pero en realidad en espiar los pasos de la señora Desmarets. El había espiado al hombre más inofensivo del mundo para penetrar sus secretos, cuando de estos secretos dependía la vida ó la muerte de tres personas. El solo había buscado la lucha implacable en la que, herido ya tres veces, sucumbiría inevitablemente, porque su muerte había sido jurada y sería buscada por todos los medios humanos. El señor de Moulincourt no podía siquiera evitar su suerte prometiendo respetar la vida misteriosa de estas tres personas, porque era imposible creer en la palabra de un hidalgo capaz de descender á ser espía para turbar sin razón la vida de una mujer inocente y de un anciano respetable. La carta no fué nada para Augusto comparada con los tiernos reproches que le hizo la baronesa de Moulincourt. ¡Faltar el respeto á una mujer y espiarla sin tener derecho á ello! ¿Podía siquiera espiarse á la mujer á quien se ama? Aquello fué un torrente de esas excelentes razones que no prueban nunca nada y que por la primera vez en su vida hicieron sentir al joven barón una de esas cóleras humanas que hacen germinar y brotar las acciones más capitales de la vida.

—Puesto que este duelo es á muerte, yo debo matar á mi enemigo por todos los medios que estén á mi alcance, dijo á modo de conclusión.

Inmediatamente, el comendador fué á buscar de parte del señor de Moulincourt al jefe de policía de París, y sin mezclar para nada el nombre de la señora Desmarets en el relato de aquella aventura, le comunicó los temores que hacía sentir á la familia Moulincourt el personaje desconocido bastante osado para jurar la muerte de un oficial de la guardia en contra de las leyes y de la policía. El jefe de ésta levantó sorprendido sus antiparras verdes, se sonó varias veces y ofreció tabaco al vidamo, el cual por dignidad pretendía no tomarlo, no obstante presentar su nariz embadurnada de él. El jefe de policía tomó sus notas, y mediante la ayuda de Vidoc y de sus lebreles, prometió dar cuenta á los pocos días á la familia Moulincourt de aquel enemigo, diciendo que no había misterios para la policía de París. Algunos días después, el jefe fué á ver al señor vidamo al palacio de Moulincourt y encontró al barón completamente

repuesto de su última herida. Entonces les dió oficialmente las gracias por las indicaciones que habían tenido la bondad de hacerle, comunicándoles que aquel Bourignard era un hombre condenado á veinte años de trabajos forzados, el cual se había escapado milagrosamente durante el transporte de la cadena de Bicetre á Tolón. Hacía trece años que la policía había intentado infructuosamente cogerle, después de haber sabido que había venido á vivir tranquilamente á París, donde había evitado las indagaciones más activas, mezclándose, sin embargo, en tenebrosas intrigas. En una palabra, que aquel hombre cuya vida ofrecía las particularidades más curiosas, iba seguramente á ser cogido en uno de sus domicilios y entregado á la justicia. El burócrata terminó su relato oficioso diciendo al señor de Moulincourt que si daba bastante importancia al asunto para ser testigo de la captura de Bourignard, podía ir al día siguiente á las ocho de la mañana á la calle de Santa Fe, á una casa cuyo número le indicaba.

El señor de Moulincourt no quiso tomarse el trabajo de ir á presenciar el arresto, porque confiaba en la diligencia y buena voluntad de la policía. Tres días después, como no hubiese leído nada en los periódicos relativo á aquella prisión que debía ser materia para un artículo curioso, el señor de Moulincourt concibió ciertas inquietudes que fueron disipadas por la siguiente carta:

«Señor barón: Tengo el honor de anunciarle que no debe usted conservar ya ningún temor respecto al asunto de que tratamos. El llamado Gratien Bourignard, apodado Ferragus, falleció ayer en su domicilio sito en la calle de Joquelet, n.º 7. Las sospechas que podíamos concebir acerca de su identidad han quedado plenamente destruidas por los hechos. El médico de la prefectura de policía, en unión del de la alcaldía y del jefe, hicieron todas las diligencias necesarias para obtener la plena certidumbre. Por otra parte, la moralidad de los testigos que han firmado el acta de defunción y los asertos de los que han cuidado á Bourignard en sus últimos momentos, entre los cuales figura el respetable vicario de la iglesia de la Buena Nueva, que fué el que lo confesó, pues tuvo una muerte cristiana, han disipado todas nuestras dudas.

»Con este motivo se repite, etc.»

El señor de Moulincourt, la viuda y el vidamo respira-

ron con indecible placer. La buena mujer abrazó y besó á su nieto derramando lágrimas, y lo dejó para ir á orar á Dios en acción de gracias. La noble viuda, que hacía una novena por la salvación de Augusto, se creyó escuchada.

—Bueno, dijo el comendador, ahora ya puedes ir al baile de que me hablabas, ya no tengo que hacerte ninguna objeción.

El señor de Moulincourt se apresuró á ir á aquel baile con tanto más motivo, cuanto que debía encontrarse en él la señora de Julio Desmarests. Celebrábase aquella fiesta en casa del prefecto del Sena, donde las dos sociedades de París se encontraban como en terreno neutral. Augusto recorrió los salones sin ver á la mujer que ejercía sobre su vida tan gran influencia, entró en un gabinete desierto aun, donde las mesas de juego esperaban á los jugadores y se sentó en un diván, entregándose á los pensamientos más contradictorios acerca de la señora Desmarests. Entonces un hombre tomó al joven oficial por el brazo, y el barón quedó estupefacto al reconocer en él al pobre de la calle de la Coquillere, al Ferragus de Ida, al habitante de la calle de Soly, al Bourignard de Justino, al forzado de la policía, al muerto de la víspera.

—Caballero, ni un gesto, ni una palabra; le dijo Bourignard, cuya voz reconoció Augusto, pero que ciertamente no hubiera sido reconocida por otro.

Iba vestido elegantemente y ostentaba las insignias del Toisón de Oro.

—Caballero, repuso con voz que silbaba como la de una hiena, usted autoriza todas mis tentativas recurriendo á la policía. Perecerá usted, señor mío. No hay más remedio. ¿Ama usted á la señora Desmarests? ¿Era usted amado por ella? ¿Con qué derecho quiere usted turbar su reposo y marchitar su virtud?

En este momento entró una persona, y Ferragus se levantó para salir.

—¿Conoce usted á este hombre? preguntó el señor de Moulincourt cogiendo á Ferragus por la esclapa.

Pero Ferragus no tardó en desembarazarse, y cogiendo al señor de Moulincourt por los pelos, le sacudió burlonamente la cabeza, diciéndole:

—¿No habrá más remedio de asentar esta cabeza que con plomo?

—No le conozco personalmente, respondió de Marsay, testigo de esta escena; pero sé que este señor es el señor de Funcal, portugués muy rico.

El señor de Funcal había desaparecido. El barón se puso en su persecución sin poder unirsele, y cuando llegó al peristilo, vió en un magnífico coche á Ferragus, que se reía burlonamente y partía al galope.

—Caballero, por favor, dijo Augusto entrando en el salón y dirigiéndose á de Marsay, á quien conocía; ¿sabe usted donde vive el señor de Funcal?

—Lo ignoro, pero tal vez lo sepan aquí.

Habiendo interrogado el barón al prefecto, supo que el conde de Funcal vivía en la embajada de Portugal. En aquel momento en que creía aun sentir los dedos helados de Ferragus en sus cabellos, vió á la señora de Julio Desmarests en todo el brillo de su belleza, fresca, graciosa, sencilla, respirando aquella santidad femenina que le había enamorado. Aquella criatura infernal para él, no inspiraba ya á Augusto más que odio, odio que se desbordó terrible apareciendo en sus miradas. El joven oficial acechó el momento de poder hablarle sin ser oído de nadie, y le dijo:

—Señora, esta es ya la tercera vez que sus matones yerran el golpe.

—¿Qué quiere usted decir, caballero? respondió Clemencia ruborizándose. Ya sé que le han ocurrido á usted algunos accidentes desgraciados que yo he sentido mucho; pero ¿qué parte puedo yo tener en ellos?

—¿Ya sabe usted que el hombre de la calle de Soly ha dirigido contra mí á unos matones?

—¡Caballero!..

—Señora, ahora ya no seré yo solo á pedirle cuenta, no ya de mi dicha, sino de mi sangre.

En este momento se aproximó Julio Desmarests.

—¿Qué le dice usted á mi mujer, caballero?

—Si tanta curiosidad tiene, venga á preguntármelo á mi casa, señor.

Y Moulincourt se fué, dejando á Clemencia pálida, casi desmayada.

Hay pocas mujeres que no se hayan encontrado por lo menos una vez en su vida, con motivo de un hecho innegable, ante una interrogación precisa, aguda, ineludible, una de esas preguntas hechas implacablemente por sus ma-